

MSS 385
1049 1264
C-1

Miércoles 26 de Octubre de 1921

EL HOMBRE FELIZ

Ayer a las dos de la tarde, a pleno sol y en un tranvía Mercado-Matadero, he hallado al hombre feliz y con camisa.

Era un hombre gordo, sonriente, que respiraba salud y buen humor por todos sus poros.

Iba yo desagradado y molesto con más neurastenia que la de costumbre, y al querer abrir la ventanilla, forzada como es uso en los tranvías, prorrumpí en una imprecación en contra de la Empresa.

El gordo se inclinó cortesmente, con un aire sonriente y convencido.

-No se moleste usted - me dijo - Es inútil... y no hable mal de la Empresa. No hay derecho a exigir mejor servicio.

-¡Ah! comprendo, Usted me quiere decir que con las tarifas actuales no se puede pedir más; y que la Municipalidad es la única culpable.

-No, señor, nó. Nada de eso. Para mí la Municipalidad es un ideal.

-¡Demonios! Se contenta usted con poco!

-Por el contrario, señor; me creo de un gusto exquisito, refinado, en punto a administración. Y si no fuera porque aquí tenemos un gobierno que nada deja que desear...

-Pero, es usted un ironista? exclamé abriendo desmesuradamente los ojos. El hombre feliz sonrió, con su bonhomía imperturbable.

-De ningún modo: Hablo en serio. ¿Tiene algo que decir de algún Ministro? ¿Cree usted que podría haber un hacendista mejor que el señor Celis?

- Sí, señor, le contesté amostazado: el señor Martner.

-Efectivamente - replicó concienzudamente mi interlocutor. El señor Martner fué realmente, como usted lo ha dicho, un Ministro insuperable. Sus acusadores no saben lo que hacen. Esa es mi más íntima convicción. Con esas acusaciones, no hacen sino cortar las alas al señor Celis y a sus sucesores.

Comprendí que la ironía no entraba en los paradisíacos y serenos pensamientos del hombre feliz y resolví cambiar el tono.

-Justifica entonces, - le dije - la vagancia, desaparición o lo que se quiera de esos treinta y ocho millones que han escapado al control y a las rebuscas de la Comisión informante del Senado?

-No sólo la justifico. La encuentro acertadísima. En primer lugar no creo que esos millones hayan desaparecido en su totalidad por diferencias de cambios. Estimo, más bien, que deben estar guardados en alguna parte, como recurso para casos excepcionales y, simplemente, por espíritu de economía y previsión. Ya ve usted que junto con aparecer el informe, han aparecido también dieciocho millones que se han entregado a la Empresa de los Ferrocarriles, siete meses después de lo debido, si usted quiere, pero el caso es que se han entregado. El Ministerio de Hacienda ha procedido lo mismo que el empleado prevenido, que al recibir sueldo se lo distribuye en todos los bolsillos, cuanto más ocultos mejor, para no gastarlo en el primer momento, y tener la satisfacción de encontrarse de repente con un billete escondido, con el cual no contaba y que al fin del mes resulta como caído del cielo.

En cuanto al Ministro señor Ramírez Frías, con sus ideas sobre divorcio, respetabilidad del sentimiento antipatriótico de los profesores, y falta de garantías para los que están dentro de la constitución, es un hombre impagable... El propio señor Alessandri con sus cambios, tan rápidos y sensibles, como la cotización de la moneda esterlina, que tan injustamente se critican, es para mi gusto, el mejor mandatario desde O'Higgins a esta parte.

-Pero, señor, - le interrumpí, - usted debe ser gestor administrativo, especulador en cambio, concesionario favorito del gobierno, albergado u otra cosa parecida...

Mi contradictor, sin indignarse en lo más mínimo, clavó en los míos, sus ojos, bonachones y alegres.

-No, señor; nada de eso.

-Indirectamente, ganará sin embargo usted, en prestigio, en honra o en dinero, con esta situación en que usted se desenvuelve y pasea tan satisfecho como el pez en el agua.

-Indirectamente, sí. ¡para qué voy a negarlo! Cuando uno pronostica alguna cosa, y acierta en ella, aunque sea un desastre, se experimenta cierta satisfacción. No me negará usted que si va en un vapor, sosteniendo ante los pasajeros que el capitán es un bruto, y en ese momento el barco choca y comienza a hacer agua, usted se olvida del peligro, ante el placer de poder decir a los otros: -¡Ven ustedes! ¿No se los decía yo? Este hombre es un animal! Ya el agua está entrando por las escotillas. En un cuarto de hora más, - y verán ustedes que no me equivocó, - nos vamos a ahogar todos...

-¡Pero eso es una monstruosidad!

-Así será; pero es muy humano. Por otra parte, más triste es ahogarse sin haber acertado en nada... Para ser feliz, como yo, hay que mirar los acontecimientos desde un punto de vista personal y si usted quiere, egoísta.

Así como los médicos se felicitan de la existencia de las epidemias porque ellas les dan honor, preza y fama, yo también me felicito de que hayan en el Gobierno hombres que hagan todo género de disparates.

Y el hombre feliz, se dispuso a bajarse del tranvía. Yo le cogí de la chaqueta, presa de nerviosidad indecible.

-Pero ¡por favor señor! ¿quién es usted, en qué se ocupa, de qué vive?

-¿Yo? Soy periodista de oposición!
Y se bajó del tranvía sobre andando.

Pontificia Universidad Católica de Chile